

LA EVANGELIZACIÓN DE LOS ESCLAVOS NEGROS EN LATINOAMÉRICA

ALBERTO GUTIÉRREZ

INTRODUCCIÓN

En el proceso de evangelización de Latinoamérica hay un capítulo difícil de plantear y del que se habla menos quizás por la problemática y las emociones que suscita, envueltas ambas en la «leyenda negra» antibiótica y anticatólica: es el referente a la evangelización de los negros esclavos traídos del África¹ y convertidos, sin que supieran por qué, en herramientas de trabajo dentro del engranaje económico de una sociedad colonial urgida de mano de obra para la agricultura, la pecuaria y, sobre todo, la minería².

Sólo el planteamiento del problema suscita interrogantes en dos sentidos opuestos con respecto a la relación entre la Iglesia, en concreto,

1. El tema de la esclavitud tiene una vasta bibliografía; no así el de la evangelización de los esclavos negros; Ildefonso Gutiérrez, en su obra *La Iglesia y los negros* se hace preguntas al respecto que no dejan de ser inquietantes:

¿Prudencia o cautela ante asunto tan espinoso?, ¿injerencia del Estado español sobre la Iglesia mediante el patronato y el placet regio? ¿Participación en la mentalidad entonces generalizada en el mundo, tanto en el occidental como fuera de él? GUTIÉRREZ, Ildefonso, *La Iglesia y los negros*, en BORGES, Pedro (dir.), *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas* (=BAC Maior, 37), 323.

2. La esclavitud en América, primero de los indígenas y, luego, de los negros traídos del África, se ha venido replanteando últimamente en términos que exacerban la leyenda negra, sobre todo anticatólica, pero que no dejan de hacer reflexionar. Solo como ejemplo, se cita la obra del antropólogo Manuel Zapata Olivella en la que se dice, en lugar muy destacado ya que allí plantea su tesis el notable escritor, por otra parte, de raza negra: «Las naos de Colón, además de su cargamento de piedras, plantas y animales desconocidos, llevaron a Europa una muestra de especímenes humanos antes no vistos. La presencia de tales naturales, desnudos, de rostros lánguidos, silenciosos y pacíficos van a sembrar la duda entre filósofos, poetas y religiosos, acerca de si los Reyes Católicos podían ejercer el derecho de destruirlos, cazarlos y someterlos a la esclavitud. La conciencia religiosa de Europa que había padecido quince siglos de persecuciones y guerras para establecer el orden cristiano, se estremece ante el hecho de que España, la nación que había rechazado el paganismo islámico con sus prácticas esclavistas y poligámicas, apareciera ejercitando los mismos actos de opresión y barbarie en nombre de Cristo. Los hechos cumplidos que siempre anteceden a los silogismos filosóficos, proporcionaron los basamentos a los teóricos del nuevo orden para justificar la conquista de los indígenas y el comercio de los negros de África, según ellos, aún sumergidos en la barbarie». ZAPATA OLIVELLA, Manuel, *Las claves mágicas de América (raza, clase y cultura)*, 14-15.

jerarquía eclesiástica, teólogos dogmáticos, pastoralistas de la misión y misioneros activos, y las negritudes esclavas; el primer sentido es el teórico: sobre la inmoralidad intrínseca de la esclavitud en cuanto violatoria de los derechos humanos esenciales³; el segundo, el práctico: sobre el proceso evangelizador y los métodos empleados para lograr, para los esclavos, la pretendida *policía cristiana*⁴, ideal plasmado en las Leyes de Indias, mezcla de culturización y cristianización⁵.

Dentro de los estrechos márgenes de una comunicación, pretendo plantear el problema y ver cuáles fueron las principales líneas históricas que siguió el proceso de evangelización de los esclavos negros en Latinoamérica⁶.

3. El pensamiento aristotélico, basado en el orden de la naturaleza, se centra en que hay seres humanos que, por naturaleza, nacieron para mandar y gobernar y seres humanos que, también por naturaleza, nacieron para obedecer y servir. Santo Tomás asume la tesis aristotélica y dice: «Inter ipsos homines ordo invenitur. Nam illi qui sunt intellectu deficientes, corpore vero robusti, a natura videntur instituti ad serviendum. Sicut Aristoteles dicit in sua Política, l. I, c. II, 13 sqq.» (SANTO TOMÁS, *Contra gentiles* III, 81). En América, el P. José de Acosta S.J. hace alusión al pensamiento aristotélico tomista sobre el *recto orden* y saca una conclusión importante: «mas quien quiera colegir de aquí que es lícito arrebatar a los bárbaros el poder que ya poseen, con esa misma razón concluirá que donde reine una mujer o un adolescente se le puede quitar por la fuerza el poder e igualmente arrojar del reino a un rey ignorante, y del pontificado a un prelado indocto». (ACOSTA, JOSÉ DE S.J., *De procuranda indorum salute*, l. II, c. 5). Del argumento del *recto orden* no se sigue que los que están para servir sean esclavos sin los derechos fundamentales de seres humanos. En este sentido se pronunció la Escuela de Salamanca con ocasión de la consulta sobre los derechos de los indígenas, presentando una doctrina equilibrada con respecto al derecho que asistía a los europeos (por su vocación civilizadora y cristianizadora) de convivir pacíficamente con los aborígenes americanos.

4. Alonso de Sandoval S.J. (1576-1652), uno de los pastoralistas más notables en el ámbito del apostolado con los esclavos y maestro del santo misionero, San Pedro Claver, definió «los motivos y razones» del trabajo con los negros en términos programáticos. Dice: «Si es cierto, como lo es, que nuestra principal vocación en las Indias, es el empleo de los Indios, tan encomendado por nuestras constituciones, no es menos cierto ser empleo muy propio nuestro en ellas, el de los negros que en estas partes nos sirven; [...] porque la misma razón dicha, que los negros han entrado a suplir la falta de los Indios para nuestro servicio temporal, entren también en la cuenta que debemos tener de su remedio espiritual. [...] Razón que nos debe hacer fuerza en este caso, por ser mucho mayor la necesidad de los negros de que tratamos y mucho más extrema que la que padecen los Indios, mayor la disposición de los negros y así la esperanza de mayor fruto». (SANDOVAL ALONSO DE, S.J., *De procuranda aethiopum salute*, l. IV, c.15).

5. Con respecto al trato que se debía dar a los negros y mulatos, la legislación de Indias es clara ya desde los tiempos del emperador Carlos V y de su hijo Felipe II. Dice así: «El Emperador, D. Carlos, en Toledo a 15 de octubre de 1538. D. Felipe II, en Madrid, a 18 de octubre de 1549: Ordenamos y mandamos a todas las personas que tienen esclavos, negros y mulatos, que los envíen a la Iglesia o Monasterio a la hora que señalare el Prelado, y allí les sea enseñada la Doctrina Cristiana; y los Arzobispos y Obispos de nuestras Indias tengan muy especial cuidado de su conversión y doctrina, para que vivan cristianamente y se ponga en ello la misma orden y cuidado que está prevenido y encargado por las leyes de este libro sobre la conversión y doctrina de los Indios; de forma, que instruidos en nuestra Santa Fe Católica Romana, vivan en servicio de Dios nuestro Señor». (Recopilación de leyes de los Reynos de las Indias mandadas imprimir y publicar por la Magestad católica del rey Don Carlos II, 4ª reimpresión, t. I, l. I, tit. I, Ley 13, 5).

6. La comunicación es fruto de un trabajo de seminario investigativo realizado en la Universidad Gregoriana entre los años 1999 y 2000 sobre el tema: «La actuación de la Iglesia lati-

1. ENTRE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA

La fundamentación teórica del esclavismo, sobraría decirlo, es mucho más antigua que las naciones ibéricas y, por supuesto, que Latinoamérica⁷. El ser humano ha sido propenso al dominio de lo otro y del otro y ha justificado, de infinitas maneras, la esclavitud entendiéndola, con énfasis especiales según los tiempos y culturas, como el sometimiento total y el uso como fuerza de trabajo de seres humanos privados de todo derecho político y civil en razón de un título que puede provenir de la condición de dominado por ser prisionero de guerra, insolvente para pagar las deudas o simplemente mercancía adquirida por quien tiene la fuerza.

Es un hecho que la esclavitud es una de esas realidades humanas y sociales de la historia ante la cual se ha estrellado la lógica racional de grandes pensadores, incluido el mismo Aristóteles, en esto, hombre de su época. No es posible preguntarnos hoy hasta dónde se pudieron sentir tranquilos quienes esbozaron doctrinas antropológicas de altísimo vuelo en defensa del ser humano, cuando defendían o toleraban una institución que, violando constante y permanentemente el derecho de dignidad personal, consideraba una porción de los hombres, no como seres dotados de un fin propio, sino como simples medios para los fines de los demás hombres, a cuyo dominio tenían que someterse⁸. A la creencia de que hay seres superiores nacidos para dominar y seres inferiores para ser esclavos, se le dio carácter de tesis guardiana del recto orden social y económico, a la que políticamente se añadió la «razón de estado» para tratar de justificar una engañosa no contradicción de lo contradictorio por necesidad, se argumentaba, de procurar el bien común⁹.

noamericana frente al drama de la esclavitud». Aquí se estudia el proceso, en general, sin entrar al caso de cada país.

7. No es este el lugar para intentar un esbozo histórico de la esclavitud en el mundo o en nuestro medio iberoamericano; igualmente, de la mentalidad esclavista a lo largo de los siglos. Para una base general, para el presente estudio nos hemos servido de la citada obra de I. GUTIÉRREZ, *La Iglesia y los negros*, en BORGES (dir.), *o.c.*, 321-227 y la de PRIEN, Hans-Jürgen, *La historia del Cristianismo en América Latina*, cap. *Los esclavos negros*, 185-192.

8. Cfr. «Enciclopedia Espasa», *Esclavitud*, t. 20, 726.

9. Hablando de los tiempos más cercanos al origen de Latinoamérica, encontramos que, ya desde Maquiavelo, se había resucitado el concepto de que el estado (o la patria) lo es todo, que su prosperidad es el objeto esencial ante el que el individuo debe sacrificarlo todo: fortuna, libertad propia y ajena, vida y hasta honor (Cfr. «Espasa» 32, *Maquiavelo*, 1166). Siempre que se invocaba la razón de estado como criterio de valoración de la acción política, para defender la institución esclavista, se argumentaba en favor de un recto orden que, si se alteraba, se destruía la sociedad misma (Cfr. «Enciclopedia Filosófica» 4 Sansoni Edit., *Machiavellismo*, 183-184). Fue el argumento más usado en Latinoamérica en contra de la abolición de la esclavitud. Caso típico el del Brasil que, para 1863 «se había convertido en el único gran país del mundo que mantenía su sistema esclavista» y ello por motivos económicos porque la opinión pública política estaba en contra de la institución esclavista. Cfr. MALMUAD, Carlos, *La independencia del Brasil y el Imperio: La abolición de la esclavitud*, en *Historia de América* (Manual de Historia Universal, 16), 534-535.

Para el siglo XVI era doctrina común, avalada por la autoridad de Aristóteles, que hay esclavos que lo son por naturaleza¹⁰. Sin ser todos los autores irrestrictamente aristotélicos en la tesis esclavista, se puede afirmar que, en la práctica, se le concedía la razón hasta poder decirse, como con dolor afirma Alonso de Sandoval, «que en los negros parecía que se verificaba lo que decía Aristóteles, que había hombres que naturalmente parece que nacieron para siervos y sujetos de otros»¹¹.

La sociedad estuvo, durante la Edad Media y continuó estándolo durante el Renacimiento, constituida dentro de la fórmula esclavista y afirmar que el sistema era inmoral o atentatorio de los derechos inalienables de la persona humana era subversivo o, por lo menos, económicamente insostenible¹². Cuando se hizo patente el problema esclavista en Latinoamérica y empezaron a llenarse los puertos de acceso de barcos negreros, la misión evangelizadora despertó el heroísmo de muchos y la angustiosa pregunta sobre el por qué de la esclavitud y su justificación moral¹³.

10. Dentro de la mentalidad esclavista de la antigüedad, no era nada raro que se intentara justificar racionalmente lo que era fundamento de la vida socio-económica. Aristóteles sigue, en principio, la idea de su maestro Platón con respecto a que el esclavo es un ser inferior y, por tanto, indigno de formar parte del estado (*República* II, 371); sobre la conveniencia de que haya seres que manden y seres que obedezcan y ello en virtud de la disposición de la naturaleza, los textos son numerosos. Cfr. *Política* I, 1, 4-6; I, 2, 13; II, 3, 7.9; 8, 3.4.

11. SANDOVAL, *De procurando aethiopum salute*, II, 2. Sandoval no acepta la tesis esclavista ni los principios en que se basa: toda su obra lleva implícito un claro rechazo de la esclavitud, pero no tiene ningún capítulo en que analice el problema de su intrínseca ilicitud. Siempre vivió la angustia de no hacerlo para no perjudicar el apostolado con los esclavos con interminables polémicas con el Santo Oficio. Por eso afirma: «que esto (todo lo que ha dicho en contra de la esclavitud) basta junto con lo que dicen los Doctores, para que veamos la circunspección y recato que será bien tengamos en negocio tan dificultoso y en que tan poco se repara» (SANDOVAL, *op. cit.*, I, 17).

12. El Estado no sólo no condenó la esclavitud, sino que la sancionó en una época tan tardía como 1685 mediante un informe emanado del Consejo de Indias en respuesta a una consulta al Rey Carlos II, quien por un decreto ordenó que se le informara: 1.º, sobre la conveniencia de tener negros en América y los daños que se seguirían de no haberlos, 2.º, si había habido junta de teólogos a fin de reconocer la licitud de comprarlos por esclavos y hacer asiento de ellos, y 3.º, si había autores que habían escrito sobre el tema. Como era de esperarse, la respuesta oficial fue positiva a los tres interrogantes, y los autores citados para avalarla fueron: Antonio de Herrera, Solórzano Pereira, Avendaño, Molina, Tomás Sánchez, Rebelo, Palao, Frago. ..., es decir los que de alguna manera admitían la esclavitud africana (al menos) como un mal necesario para el sostenimiento de las Indias. (Informe de 21 de agosto de 1685, en Arch. Gral. Indias, Indiferente general, 2841).

13. En emotiva página dice así el historiador colombiano Tulio Aristizábal S.J.: «El negro, animal de trabajo. Así, involuntariamente tal vez, pero en forma inicua, tuvo lugar el trueque. La defensa del indio, trajo consigo la esclavitud del negro. Si era escasa la mano de obra en América, habría que importarla. Se acaba un negocio, pero surge otro: la compraventa del ser humano. Casi un canibalismo, porque miden y pesan la carne. Es la “feria de los negros” que comienza al amanecer...» ARISTIZÁBAL, Tulio S.J., *Retazos de Historia: Los jesuitas en Cartagená de Indias*, 73.

2. REPERCUSIÓN DE LA PROBLEMÁTICA ESCLAVISTA EN LATINOAMÉRICA

El planteamiento llegaba casi medio siglo después del encuentro cultural de Europa con el Nuevo Mundo y de la consiguiente problemática sobre la donación pontificia, la licitud de la conquista y la obligatoria salvaguardia de los habitantes naturales del Nuevo Mundo y su cristianización. Una y otra constituían la razón de ser, tanto de las concesiones de Alejandro VI como del privilegio del patronato regio otorgado por Julio II a los reyes católicos y por León X a los de Portugal. Precisamente porque juzgaban que no se cumplía con los objetivos, elevaron su voz de protesta, a veces en lenguaje altisonante y polémico, misioneros que, desde su campo apostólico, veían que se perjudicaba la evangelización con los métodos violentos usados por conquistadores y encomenderos. No fueron los únicos, pero sí de los más representativos, en el norte, el dominico fray Bartolomé de las Casas¹⁴ y, en el sur, el jesuita José de Acosta¹⁵. Ambos, aunque aceptaban que la providencia era la que había preparado el encuentro cultural, no podían cohonestar lo que más parecía una cruenta invasión y la práctica esclavización de los indígenas. La de los negros, o no se ponía en cuestión todavía o parecía que podía ser la solución a la situación injusta que vivían los indígenas americanos. Sin quererlo, también los negros se convirtieron, injustamente coaccionados, en invasores de América¹⁶. Su título para pisar tierra del Nuevo Mundo era el ser esclavos de cristianos, lo que conllevaba la tácita obligación de abrazar la fe¹⁷.

14. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS O.P., *Historia de las Indias* III, 4 («Biblioteca de autores españoles», 96), 176. El proceso del fraile dominico hay que estudiarlo en todo su conjunto: fue encomendero, defensor de los indígenas, partidario de la importación de esclavos para proteger a los indígenas y favorecer su *policía cristiana*, finalmente contrario a cualquier tipo de esclavitud ya que «la esclavitud de los negros es tan injusta como la de los indios. La compra de esclavos negros es exactamente un pecado, lo mismo que su captura en Africa». *Ibid.*, III, 129, 275.

15. ACOSTA José DE, S.J., *De procuranda indorum salute*, III, 7, 435. El jesuita teólogo, defensor de los indios en el Perú, es decididamente antiesclavista tratándose de estos. Dice al respecto: «Los indios no deben nada a los españoles *porque no han ocupado ellos nuestra tierra, sino nosotros la suya. Ni ellos han venido a nosotros, sino nosotros los hemos invadido a ellos*». Respecto a la esclavitud de los negros sigue la posición que defenderá Sandoval, por otra parte, su discípulo: hacer lo posible por cristianizar y civilizar a los negros sin hacer denuncias heroicas que atentarían contra la misión misma.

16. Inclusive los esclavos negros complicaron la situación de los indígenas encomendados a amos crueles y despóticos: bajo la autoridad de esos amos, sirvieron muchas veces de medio de control y de castigo de los aborígenes, no obstante la protección legal de éstos desde tiempos de la Reina Isabel la Católica. Tan grave se volvió la situación algunas veces, que hubo que legislar contra los malos tratos de los indígenas por parte de los negros y mulatos. Por ejemplo, cfr. Ley 19, lit. 10, lib. 6; ley 16, tit. 12, lib. 6.

17. La ley 26, tit. 26, lib. 8 y otras de parecido tenor apuntan a una razón que fue muy tenida en cuenta en la trata de esclavos: que fueran esclavos de cristianos «para servicio de sus personas y casas», lo que conllevaba «la obligación de procurar la instrucción en la Santa Fe Católica como los Indios», cfr. Ley 13, tit. 1, lib. 1.

Frente a ese hecho que, para muchos, era estructural de la organización socio-económica de Latinoamérica y única solución al problema de respeto y justo trato a los indígenas según la voluntad isabelina¹⁸, realidad legal a la que se unía la disminución cuantitativa de las tribus, no podía menos de estallar la ardua polémica que ya hemos insinuado, una vez pasada la euforia de haber teóricamente asegurado la protección de los aborígenes y vista la realidad cruel y anticristiana de la esclavitud de los africanos.

Con diversos matices, unos no admitieron la esclavitud y la denunciaron como intrínsecamente inmoral según los principios evangélicos: entre estos, estaban los dominicos Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz y los capuchinos Francisco José de Jaca y Epifanio de Moirans¹⁹. Otros creían que, siendo costumbre universal respecto a la cual no había unanimidad entre teólogos y moralistas, se podía seguir dentro del sistema esclavista con tal de mejorar al máximo posible las condiciones personales y sociales de los negros; esta era, en general, la posición «oficial» de laicos y eclesiásticos que, en muchos casos de buena fe, pretendían, al mismo tiempo, el progreso colonial por los medios legales y la también muy legal evangelización de los negros esclavos. Otros, finalmente, los más en las filas de los misioneros activos, ante lo inútil y peligroso de la denuncia profética o de la protesta oral o escrita que perjudicaba la misma causa de los esclavos, optaron por la línea del testimonio de entrega y del trabajo pastoral sacrificado y casi siempre incomprendido. La finalidad de su opción apostólica era, no solamente evangelizar a los esclavos, sino mejorar sus condiciones espirituales y materiales de vida y denunciar las injusticias, malos tratos e ilegalidades de los amos que se decían cristianos. Esta fue la línea seguida por los concilios regio-

18. La voluntad de Isabel la Católica quedó solemnemente consignada en el codicilio de su testamento. Dice la Reina: «Suplico al Rey, mi Señor, muy afectuosamente y encargo y mando a la dicha Princesa mi hija y al dicho Príncipe su marido que así lo hagan y cumplan y que este sea su principal fin, y que en ello pongan mucha diligencia y no consientan ni den lugar que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias y tierra firma, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados; y si algún agravio han recibido, lo remedien y provean de manera que no se exceda en cosa alguna lo que por las letras apostólicas de la dicha concesión nos es inyungido y mandado». *Testamento y Codicilio de Isabel la Católica*, Ed. Ministerio Asuntos Exteriores, España, 1956, 66-67.

19. Fray Tomás de Mercado O.P., en su obra *Suma de tratos y contratos* (1587) argumenta que la esclavitud es inmoral aunque la permitan la ley y la costumbre; fray Bartolomé de Albornoz O.P., en su *Arte de contratos* (obra que fue a parar al índice de libros prohibidos) defiende la misma tesis. Más tarde, se unieron a los denunciantes de la esclavitud dos capuchinos que procedieron de acuerdo y juntos sufrieron la misma suerte: Francisco José Jaca, en su obra *Resolución sobre la libertad* (1680) y Epifanio de Moirans, en su obra *Iusta defensio* (1681). La denuncia les acarreó un juicio del Santo Oficio en España y fueron condenados «por sus ideas sediciosas al decir que los esclavos eran libres». Cfr. LÓPEZ GARCÍA, José Tomás, *Dos defensores de los esclavos negros en el siglo XVII*, Tesis doctoral en la Fac. Filosofía Angelicum-Roma (1982).

nales y sínodos de los siglos XVI y XVII, de muchos obispos como Vasco de Quiroga y Alonso de Montúfar en México, Jerónimo de Loaysa y Santo Toribio de Mogrovejo en Lima, para mencionar solo unos pocos, y por Alonso de Sandoval, que resumió la doctrina y la práctica pastoral en su obra programática *De procuranda Aethiopum salute*, que sirvió de guía a San Pedro Claver, el «esclavo de los esclavos para siempre» como quiso llamarse a sí mismo el santo jesuita catalán²⁰.

A estas alturas, conviene hacer una precisión: hoy, después de que la esclavitud ha sido legalmente abolida y en que tanto se ha insistido en la afirmación y salvaguardia de los derechos humanos, es perfectamente lógico decir que la teoría, la opinión pública y la doctrina católica están por la denuncia y abominación de todo tipo de esclavitud; inclusive, celebramos el que se hayan unido voces tan dispares contra la esclavitud como la católica, la protestante, la liberal, la de las negritudes y muchas más; y hayan logrado un movimiento universal antiesclavista. Sin embargo, nos cuesta hacer un juicio histórico respetuoso del pasado y nos parece escandaloso, sin atenuantes, el hecho de que se cohonestara, por parte de la legislación civil de reinos cristianos, con un comercio inhumano y con un trato a los esclavos como si fueran animales o simples objetos de uso. Como se ha visto, no era tan claro el asunto hasta el siglo XVIII, cuando, por influjo de un pensamiento moderno, fruto de las muchas revoluciones del siglo, se empezó a hacer opinión pública alrededor de la universalidad de los derechos humanos y de la igualdad de todos ante Dios y ante la ley.

En el ámbito de las organizaciones eclesiásticas se vivió la ambivalencia que conllevaba la duda y que, en determinados momentos, hacía aflorar la denuncia. Sin embargo, hay que decir que, como parte del entramado socio-económico de las colonias latinoamericanas, se sirvieron de la mano de obra esclava para servicio de las haciendas, de los conventos y casas religiosas, para la producción artesanal y como auxiliares en el apostolado²¹. Aún a este último respecto, y no obstante que se sabía que los es-

20. En la línea que se podría llamar «pastoral» no faltó la denuncia profética con las consecuencias que eran de esperarse. Es conocido el caso del predicador y profesor del Colegio de Santafé de Bogotá, P. Luis Frías S.J., quien, en 1624, predicando en el distrito minero de Zaragoza (Nuevo Reino de Granada) dijo: «que era mayor pecado dar un bofetón a un moreno que a un Cristo: porque darlo a un moreno era darlo a una imagen viva de Dios, y dárselo a un Cristo de madera era dárselo a una imagen muerta». El caso terminó ante la Inquisición, fue censurado como luterano y el autor obligado a retractación y penitencia. (Arch. Hist. Nal., Madrid, leg. 1620, cuad. 2, f. 4. Citado por ARISTIZÁBAL, *o.c.*, 48, BORGES, I, *o.c.*, 324).

21. Un caso típico es el de San Pedro Claver: para facilitar el apostolado con sus hermanos de raza, se sirvió de esclavos-intérpretes que pertenecían al Colegio de Cartagena. Dice Aristizábal: «Para solucionar esta dificultad (la de las lenguas) el Colegio compró un grupo de hasta 18 negros intérpretes que fueron los grandes auxiliares de Sandoval y Claver. El apóstol supo aprovecharse de ellos y varias veces hizo que el P. General interviniera para que no se los quitaran o los emplearan en otros oficios». AHSI (fondo Nuevo Reyno y Quito), Epist. Generalis, f. 296.

clavos eran mejor tratados en los ambientes de las comunidades religiosas, no faltaron voces de protesta por lo que muchos juzgaban indigno de la profesión de pobreza y de la visión cristiana de la persona del esclavo; tampoco faltó ese sentido de denuncia que conllevaba la entrega total a una evangelización que contribuiría a desencadenar el proceso antiesclavista y la progresiva «americanización» de las negritudes en intercomunicación cultural con los indígenas americanos y con los blancos europeos²².

3. ¿ERA NECESARIA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS ESCLAVOS NEGROS?

Al principio de la instauración de la trata esclavista no se planteó de esa manera el problema; primero, había que definir si se trataba de seres humanos en toda la extensión de la palabra, es decir, si eran seres racionales y capaces de recibir la gracia. Mientras no se estuviera seguro, el buen trato al esclavo negro era el que merecía una herramienta o un animal para que sirviera mejor y por más tiempo²³. Cuando quedó claro que se trataba de seres humanos con un alma espiritual y que, por tanto, eran seres inteligentes, se pasó al planteamiento de si evangelizarlos o no. No existía, con respecto a ellos, la misma voluntad de los papas y de los reyes como con respecto a los indígenas. La mayoría de los pastora- listas de la Iglesia Católica y, en muchos casos, de las protestantes, solucionaron el problema más desde la práctica y enfocaron su acción evangeliza- tora, caritativa y civilizadora a mejorar la condición de los esclavos y a poner los medios para lograr su salvación eterna.

No obstante lo anterior, en la evangelización de Latinoamérica, se advirtió, desde el comienzo, una diferencia básica entre la acción de los misioneros católicos y la de los pastores protestantes ya que la respectiva lógica religiosa operó de diversa manera: mientras los primeros hicieron todo lo posible por lograr las mejores condiciones para un bautismo vá- lido de los esclavos, primero en el África o, cuando llegaban los armazo- nes negreros, en su puerto de destino, los protestantes, sobre todo, hu-

22. No fue la Iglesia Católica la única voz contra la esclavitud, pero si una de las más influ- yentes en el arduo proceso interno de reflexión doctrinal y de práctica pastoral. No es este el si- tío para investigar sobre la doctrina pontificia referente a la esclavitud. Pero si es necesario de- jar claro que, en el momento definitivo del debate antiesclavista y como motores de él, se levantaron las voces de Pío VII y Gregorio XVI, «*In supremo apostolatus fastigio*», DH, 2745- 2746. Los papas posteriores (Pío IX y León XIII) siguieron en la línea trazada y, como hecho significativo, el papa Pecci canonizó a San Pedro Claver (15 enero 1888) y lo declaró patrono universal de las misiones entre las poblaciones negras (1896) (cfr. «*Bibliotheca Sanctorum*», X, Inst. Giovanni XXIII della Pont. Univ. Lateranense, Roma 1968, 819).

23. La realidad de la esclavitud y la manera como se realizó supera la imaginación y fue simplemente cruel o infame, como la llama Gregorio XVI. Aristizábal, en la obra ya citada, tie- ne un capítulo de un realismo que está sacado de las páginas de Sandoval: cfr. ARISTIZÁBAL, Tulio, *Retazos de Historia: El negro animal de trabajo*, 73-84.

gonotes, ingleses y holandeses, preferían dejar a los esclavos en la infidelidad para no tener que aceptar la contradicción de que, liberados por el bautismo, siguieran siendo esclavos de un hermano que, por su fe, se sentía predestinado a la eterna salvación²⁴.

En el campo católico y en la conciencia de los misioneros estaba radicada la convicción de que ellos estaban enviados, por mandato divino, a enseñar y bautizar a todas las gentes y no propiamente a modificar un orden socio-económico imperante que, por si fuera poco, estaba sancionado por la sacrosanta voluntad de un rey católico, la costumbre universal y el tácito consentimiento de las autoridades eclesiásticas, papas, concilios y obispos. No deja de ser interesante el hecho de que, en ambos campos eclesiásticos, el católico y el protestante, se manejaran fundamentos teóricos semejantes: no se quiere entrar a resolver el espinoso problema de la licitud o ilicitud de la esclavitud; no se admite que la esclavitud sea un bien, pero se la admite como un mal necesario o, si se prefiere, como un mal menor.

Ante eso, el procedimiento que se debe seguir es de conciencia práctica: ¿es necesaria o no la evangelización de los esclavos negros? En caso positivo, ¿cómo realizarla?

En la obra citada, el P. Sandoval resume su respuesta positiva y pastoralmente integral ya desde el mismo título extenso: «*Naturaleza, política sagrada y profana, costumbres y ritos, disciplina y catecismo evangélico de todos los Etiópes*». El autor explica su título diciendo que su obra es un «tratado de cómo se ha restaurar la salvación de los negros, porque el primero y primordial fin no es mover a que vayamos a sus tierras a convertirlos, sino que en las partes donde traen sus armazones, y ellos desembarcan con nombre y título de cristianos sin serlo (como en ello se verá) examinemos sus bautizos, instruyamos su rudeza, y bien enseñados los bauticemos, con lo cual reparamos y restauramos la salud que en ellos, por la razón dicha, estaba perdida y como imposibilitada»²⁵.

El *De procurando Aethiopum salute*, clásico del tema, es un tratado completo sobre la esclavitud de los negros, escrita con los recursos cien-

24. En carta a *Propaganda fide*, dice un anónimo escocés: «In quanto alla conversione di questi negri gli francesi come veri Catholici s'affaticano molto per essa [...] Gli inglesi e gli holandeses poco o niente s'affaticano di fargli Christiani perché hanno un scrupolo di tener un Christiano nella schiavitudine, di maniera che lasciano quelle anime nell'infideltà più tosto che di lasciargli in libertà con la conversione, e concepiscono questi settari un obbligo di così fare perché credono essere contro la libertà evangelica di continuare questi negri nella servitù temporale doppo che hanno havuto la libertà Christiana col batesimo, ma i Cattolici s'affaticano veramente di fargli Christiani, ma non hanno intenzione di rendergli liberi altro che dal peccato e lacci del demonio, sì che tanto continuano legati alli uomini». Cfr. Arch. Prop. Fide, 257, ff. 73rv-76rv, citado en PIZZORUSSO, Giovanni, *Roma nei Carabi* («Col. École Française de Rome», 207), 135 (ortografía original).

25. SANDOVAL, o.c. Argumento de la obra al cristiano lector, p. 55.

tíficos de la época, con perspectiva americana, pero con relación al problema mundial. Demuestra dominio del tema, experiencia vivida y, además, fe y emoción innegables. Si, en teoría, no tiene el propósito de disertar sobre la moralidad de la esclavitud, en la práctica, ofrece todos los elementos para sacar la conclusión, humana y cristiana, de su inmoralidad, crueldad e inconveniencia. En este sentido, es una afirmación clara y sin reticencias de los derechos humanos del esclavo y de su raza negra. El haber soslayado el problema teórico, asunto muy delicado en la época, quizás permitió que la obra de Sandoval no hubiera ido a parar al índice de libros prohibidos, lo que habría causado graves perjuicios a la causa de los negros en América.

4. EL PROBLEMA PASTORAL DE LA EVANGELIZACIÓN DE LOS ESCLAVOS NEGROS

En la sociedad colonial, tan férreamente organizada dentro del régimen patronal, era necesario que las Leyes de Indias legislaran sobre las bases jurídicas en que debía descansar la evangelización de los esclavos. Así fue, en efecto: fueron surgiendo algunas leyes, no muchas ciertamente, pero suficientes si se hubieran cumplido, ya desde tiempos del emperador Carlos V y de su hijo Felipe II. Citemos algunas de las más pertinentes:

Libro I, tit. 1, Ley 12: *Que en cada pueblo se señale hora en que los indios y negros acudan a oír la Doctrina Cristiana*. (El Emperador D. Carlos y la Emperatriz gobernando en Valladolid, a 30 de noviembre de 1537. D. Felipe II en la ordenanza 81 de Audiencias, en Toledo a 25 de mayo de 1596).

Ley 13: *Que los esclavos, negros y mulatos sean instruidos en la Santa Fe Católica como los Indios*. (El Emperador D. Carlos en Toledo a 15 de octubre de 1538. D. Felipe II en Madrid a 18 de octubre de 1549).

Ley 17: *Que los indios, negros y mulatos no trabajen los domingos y fiestas de guardar*. (El Emperador D. Carlos y el Príncipe Felipe Gobernador, en Valladolid a 21 de septiembre de 1541. Y el Cardenal gobernador en Fuensalida a 26 de octubre de 1541)²⁶.

Como se ve por la simple lectura de los títulos, la legislación sobre la pastoral evangelizadora de los negros empezó a surgir como un apéndice de la referente a los indígenas, lo que fue aprovechado por los pastoralistas de las negritudes, y en concreto por Sandoval y Claver, para aplicar muchos principios de un campo a otro; por ejemplo, en cuanto a la administración de los sacramentos, al estudio por parte de los misioneros

26. *Recopilación de leyes*, I, lib. I, tit. 1, leyes 12, 13, 17, pp. 4-6.

de las lenguas africanas, al uso de intérpretes para el apostolado y al contenido mismo de la catequesis, campo en el cual, en beneficio de los indígenas principalmente, trabajaron los misioneros de las diversas órdenes y los concilios y sínodos de la época colonial.

No obstante lo anterior y el heroísmo de la caridad de muchos de los apóstoles de las negritudes americanas, no se puede negar que la sociedad latinoamericana fue cruel e incomprensiva con los esclavos: existía una casi universal norma de conducta de que a éstos, por su baja condición, su estado de indefensión y su rudeza, había que hacerles sentir, de palabra y de hecho, la marca con que habían sido «herrados» en el momento de la infame compraventa en el mercado. Eso, se decía, los haría trabajar mejor, rendir más y los disuadiría de la rebelión o de la huida. Siendo lo anterior innegable, lo es también que lo que hicieron los misioneros por la humanización y cristianización de los esclavos, fue un creciente testimonio profético que contribuyó a crear el ambiente abolicionista que terminó con el vergonzoso comercio. A la creencia de la igualdad fundamental de todos los seres frente a Dios y frente a la ley, se fue añadiendo la disposición de trabajar, o al menos, de dejar trabajar, en favor de los esclavos y de su evangelización dentro del criterio, bellamente expresado por Sandoval, de que «un Cristo de azabache o de ébano tanta reverencia requiere como uno de oro o de plata y tan Dios se representa en el uno como en el otro; así que en estos azabaches mostró el Señor su grandeza, como en los más finos metales, de las nobles naciones del mundo»²⁷.

5. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Con un sugestivo título, los religiosos trinitarios de la Provincia de España sur han resumido la temática del Congreso Internacional celebrado del 10 al 12 de diciembre de 1998: «Esclavitud de ayer y de hoy: antiguas y nuevas formas de esclavitud»²⁸. En la presentación de las Memorias se dice algo que puede servir de colofón de nuestro estudio: «A pesar de que la esclavitud fue abolida oficialmente hace más de cien años en casi todos los países del mundo y de que hace cincuenta la Declaración Universal de los Derechos Humanos establecieron que «la esclavitud y trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas», un buen número de hombres, mujeres y niños, en distintas partes del mundo y de formas diversas, son víctimas de la esclavitud»²⁹.

27. SANDOVAL, *o.c.*, II, 23, p. 361.

28. *Esclavitudes de ayer y de hoy (Antiguas y nuevas formas de esclavitud)*, Actas del II Congreso Trinitario de Granada, Córdoba 1999.

29. *Ibid.*, 9.

Parece, entonces, que el problema de la lacra esclavista ha cambiado de signo y ha empezado a ser más de práctica que de teoría: en los siglos XVI, XVII y XVIII, fue común la aceptación de la esclavitud por razones socio-económicas, aunque, en la práctica se trabajó para crear las condiciones humanas de vida para los esclavos y se fue creando la mentalidad antiesclavista que condujo a la abolición. En el siglo XX, universalmente se abomina, en teoría, de la esclavitud, extendiendo la abominación a cualquier tipo de dependencia injusta por razón de edad, sexo, raza o condición, sea esta religiosa, política, económica o social. Hoy nadie niega que la convivencia humana se debe basar en la afirmación y respeto de los derechos humanos. Pero: qué abismo entre la teoría y la práctica a nivel de países, grupos humanos, familias e individuos.

Cuando se mira el panorama de los derechos humanos en el mundo, surge espontánea la pregunta: ¿basta la denuncia de «la esclavitud y trata de esclavos», o ha sido siempre urgente y cada día más, una práctica, en todos los niveles, contra «las antiguas y las nuevas formas de esclavitud»?

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA José de S.J., *De procuranda Indorum salute* (=Corpus Hispanorum de pace, 23-24), Madrid 1987.
- America Pontificia (ed. METZLER, Josef), Ed. Vaticana, Vaticano 1991.
- ARISTIZÁBAL Tulio S.J., *Retazos de Historia: Los jesuitas en Cartagena de Indias*, Ed. Antropos, Santafé de Bogotá 1995.
- BORGES, Pedro, GUTIÉRREZ, Ildefonso et alii, *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas* (dir. gral. BORGES, P.), BAC Maior, 37.42, Madrid 1992.
- Esclavitudes de ayer y de hoy* (Actas del II Congreso Trinitario de Granada [España], 10-12 dic. 1998), Córdoba 1999.
- GARCÍA-GALLO, Alfonso, *Los orígenes españoles de las instituciones americanas (estudios de derecho indiano)*, Gráficas Solana, Madrid 1987.
- ISABEL LA CATÓLICA, *Testamento y codicilo*, Ed. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid 1956.
- LÓPEZ, José Tomás, *Dos defensores de los esclavos negros en el siglo XVII* (Tesis doct. Fac. Fil., Pont. Univ. Santo Tomás, Roma) Ed. Arte, Caracas 1982.
- MACHIAVELLI, Niccolò, *Il Principe*, Ediz. Integrale, Milano 1995.
- MENDONÇA, Renato de, *Breve História del Brasil*, Cultura Hispánica, Madrid 1950.
- PIRAS, Giuseppe, *Martín de Funes SJ (1560-1611) e gli inizi delle riduzioni dei Gesuiti nel Paraguay* (=Uomini e dottrine, 32), Roma 1998.
- PIZZORUSSO, Giovanni, *Roma nei Caraibi: L'organizzazione delle missioni cattoliche nelle Antille e in Guayana (1635-1675)* (=École française de Rome, 207), Roma 1995.
- PRIEN, Hans-Jürgen, *La Historia del Cristianismo en América Latina*, Ed. Sígueme, Salamanca 1985.
- RAMOS, Demetrio et alii, *Francisco Victoria O.P. y la Escuela de Salamanca: La Ética en la Conquista de América*, Corpus Hispanorum de Pace, 25, Madrid 1984.
- Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, 3 vol. (4ª reimpr.), Madrid 1791.
- SANDOVAL, Alonso de SJ, *Un tratado sobre la esclavitud: «De procuranda Aethiopum salute»*, Ed. Alianza, Madrid 1987.
- ZAPATA, Manuel, *Las claves mágicas de América*, Plaza & Janés, Bogotá 1989.